



interpretación marxista de la historia de Chile

de Luis Vitale. (*)

I

El profesor y escritor Luis Vitale ha redactado, después de largas y metódicas investigaciones, un vasto estudio sobre la evolución de Chile a la luz de la concepción marxista de la historia. El plan de su interpretación materialista del pasado nacional abarca 6 tomos bien definidos. Ellos son: I.— Las Culturas Primitivas y la Conquista Española. II.— La Colonización Española. III.— La Revolución Separatista y la Rebelión de las Provincias, (1810-1830). IV.— Los Decenios de la burguesía comercial y terrateniente. Ascenso y Declinación de la burguesía minera (1831-1891). V.— La Colonización Inglesa y Yanqui (1891.....). VI.— Del Frente Popular al gobierno demócrata.cristiano (1938-1966).

Luis Vitale aspira a dar una explicación realista de la historia de Chile, centrandó su análisis en los procesos económicos y en los antagonismos de las clases sociales a lo largo del desenvolvimiento patrio. En este aspecto, su intento posee innegable originalidad; la bibliografía histórica del país apenas registra algunos tímidos ensayos y el valioso volumen de Marcelo Segall: "**Desarro-**

(*) Se encuentra por salir a luz la obra del escritor Luis Vitale: "Interpretación marxista de la historia de Chile", en Prensa Latinoamericana. La precede un prólogo del profesor Julio César Jobet, el cual reproducimos íntegramente en este número de "Arauco" por su valiosa información crítica, y como una expresión de reconocimiento intelectual y de solidaridad socialista a la calificada producción de L. Vitale.

La Dirección.

llo del Capitalismo en Chile", en cuanto a la utilización del método del materialismo histórico para lograr la correcta comprensión del devenir nacional.

Luis Vitale alcanzó renombre como escritor vigoroso con su obra de alta calidad ideológica y polémica, publicada en 1964: **"Esencia y Apariencia de la Democracia Cristiana"**, resultado brillante del manejo del método marxista en los dominios de las doctrinas filosóficas y políticas. Se propuso desenmascarar el papel mistificador de la Democracia Cristiana, determinado por su esencia ideológica, caduca, oculta, detrás de una posición pseudo-revolucionaria. En seis densos capítulos examinó la praxis cristiana en la historia; el origen y la evolución del social-cristianismo; la acción de los partidos demócrata-cristianos en Europa y América Latina; la formación de la democracia cristiana en Chile (desde la Falange Nacional al Partido Demócrata Cristiano); el contenido de su programa; y la praxis demócrata-cristiana chilena, o sea, la actitud de ese partido frente a problemas concretos, como los del Nuevo Trato al Cobre y del Referéndum Salitrero, con motivo de los cuales exhibió su raíz capitalista votando favorablemente dos leyes en beneficio de la penetración imperialista; su apoyo a las Facultades Extraordinarias del 2 de Abril de 1957, en un instante de represión popular solidarizando con el reaccionario y torpe gobierno de la época; y su solicitud de apoyo a conservadores y liberales, partidos de extrema derecha, para su postulación presidencial autoproclamada como representante de la izquierda democrática y enemiga de la reacción, desmintiéndola de inmediato con su inescrupulosa petición.

Luis Vitale es un experto de historia medieval, (fue discípulo en Buenos Aires del brillante medievalista José Luis Romero, historiador y escritor de alta jerarquía), y de ahí su singular pericia en el examen de la estructura económico-social de esa época y su expresión ideológica en el agustinismo y el tomismo, conjunto doctrinal nutrido de las bases teóricas del actual movimiento demócrata-cristiano. Este trata de darle modernidad y validez a pesar de ser una posición filosófica, que se ha sostenido sólo por el dogma y el compromiso y a través de un milenio se ha demostrado estéril y retrógrada.

Pero no sólo la época medieval ha concentrado la atención de Vitale; en general, es un estudioso de la historia universal, de los cruciales movimientos políticos, de la ascensión y luchas de la clase obrera y de las teorías socialistas. En su ensayo **"Historia del movimiento obrero"**, publicado en 1962, dedicó su segunda parte a esbozar un panorama de la formación y avance del proletariado chileno, con gran información y poder de síntesis. Es un antecedente de su nueva y vasta obra: **"Interpretación marxista de la Historia de Chile"**.

Luis Vitale es el prototipo del intelectual y político marxista dominado por una fuerte pasión en favor de la emancipación de la clase trabajadora y de una poderosa inquietud ideológica. Se

puede discrepar de sus posiciones, pero es imposible desconocer su honestidad teórica y su labor revolucionaria. Sus publicaciones se colocan estrictamente en la línea del pensamiento socialista, esclarecedor y valiente.

II

En el tomo inicial de "Interpretación marxista de la Historia de Chile", su nueva producción intelectual, "Las Culturas Primitivas y la Conquista de Chile", analiza las comunidades indígenas antes de la llegada de Diego de Almagro, con el propósito de resaltar el notable avance obtenido en algunos milenios de evolución y establecer la indispensable unidad entre aquella compleja y laboriosa vida autóctona y la conquista y colonización española. El éxito de la empresa hispánica no se comprende sin el funcionamiento de una sociedad nativa con un grado productivo bastante adelantado, por cuanto "los aborígenes de nuestro continente habían logrado un alto nivel tecnológico en la metalurgia; dominaban las técnicas de fundición, aleación y orfebrería en un grado igual o superior a los especialistas de la Europa de entonces" y, por otro lado, "los españoles se encontraron con pueblos sedentarios que conocían la domesticación de animales y el sistema de riego artificial para aumentar la producción agrícola". La realidad indicada permite explicar la enorme riqueza en metales preciosos y especiería extraída por los conquistadores desde los primeros años de su instalación en el Nuevo Mundo.

Luis Vitale acomete el examen de las culturas primitivas rehuyendo la escueta división clásica en Edad de Piedra y Edad de los Metales por insuficiente y desprovista de rigor al no aprehender en toda su complejidad las diferentes etapas del proceso de desarrollo de las sociedades primitivas; en cambio acepta como más exacto el esquema de Morgan, enriquecido por Engels, que permite su conocimiento real y concreto. Supone la aplicación de la metodología materialista al campo de la ciencia antropológica y, por tanto, el enfoque del desenvolvimiento de las fuerzas productivas y del adelanto tecnológico, como básicos para apreciar y entender el desarrollo de esas sociedades; pero, al mismo tiempo, Vitale no cree suficientemente real y sugerente la clasificación de salvajismo-barbarie-civilización, con sus respectivos estadios, porque posee un carácter demasiado conceptual y presupone un desarrollo unilineal, sin relación exacta con el curso contradictorio, desigual y combinado de la Historia. Procede, entonces, a complementar sus tesis fundamentales y a darle a esos períodos generales un contenido vivo y dinámico, caracterizándolos como fases de pueblos recolectores, pescadores y cazadores, (período del salvajismo); de pueblos agro-alfareros y minero-metalúrgicos, (período de la barbarie).

Luis Vitale maneja las principales obras de la ciencia antro-

pológica y para verificar el análisis de los pueblos aborígenes de Chile, compulsa los diversos estudios desde Barros Arana y Medina hasta los de Tomás Guevara, Augusto Capdeville, Max Uhle, Ricardo E. Latcham y F. S. Cornely; y dedica una atención especial a las obras de los investigadores de la nueva generación de arqueólogos y antropólogos chilenos. Su información en este campo se encuentra al día y abona de manera convincente su ordenada y original síntesis.

De acuerdo con las más recientes investigaciones expone una nueva clasificación, en dos grandes períodos. Un primer período pre-agrícola y pre-cerámico, que involucra a los pueblos recolectores, cazadores y pescadores, de 10.000 a 1.000 años a. C.; y un segundo período, agro-alfarero y minero-metalúrgico, desde 1.000 a. C., hasta la invasión incásica en el siglo XV. No incluye una etapa de pueblos pastores, porque su existencia no ha sido demostrada en Chile. Al considerar la etapa agro-alfarera, la complementa con la denominación minero-metalúrgica, pues esta actividad juega un papel decisivo en el avance no sólo de las sociedades azteca, chibcha e incásica, sino también en la zona norte de Chile, y agrega: "la clasificación de pueblos minero-metalúrgicos, integrada al período agro-alfarero, no ha sido apuntada por ningún autor, no obstante su importancia para la comprensión del período que hasta ahora se conocía con el nombre de agro-alfarero o barbarie". En seguida, en los diversos capítulos de su volumen estudia en detalle los pueblos recolectores, pescadores y cazadores; los pueblos agro-alfareros y minero-metalúrgicos; la invasión incásica; y el desarrollo de las fuerzas productivas en los momentos próximos a la conquista española. Y, por supuesto, dedica en la parte pertinente una atención especial a las formas de vida, organización social y costumbres de los araucanos.

El estudio de Luis Vitale, no obstante su carácter sintético, es bastante completo y entrega un cuadro denso del mundo chileno pre-hispánico, dejando en claro que nuestras culturas primitivas no fueron tan atrasadas como se supone; y, por el contrario, antes de la invasión incásica, habían conseguido un importante desarrollo en la agricultura, alfarería e hilado, y alcanzado la etapa de la elaboración de los metales: cobre y bronce.

III

A continuación, Luis Vitale lleva a cabo una detenida caracterización económico-social y política de España en la época de los grandes descubrimientos y de la conquista de América. En este plano examina cuidadosamente la afirmación corriente de ser España durante los siglos XV-XVI un país de régimen feudal, y de haber impuesto en América, a raíz de su dominio, una pro-

longación de aquel sistema. Basándose en sus estudios especiales del periodo mencionado y en el manejo de las grandes obras de la historiografía europea contemporánea, describe con nitidez los rasgos esenciales del régimen feudal; su evolución en la Europa occidental; y sus modalidades especiales en España con motivo de la dominación de los árabes. En un juicio de conjunto expresa:

“El impacto de la prolongada invasión musulmana, el acelerado fortalecimiento de la monarquía nacional, la evolución peculiar de un campesinado semi-libre, la explotación ganadera para el mercado externo, el surgimiento de un nuevo sector de trabajadores y de una burguesía comercial, relativamente fuerte, determinaron que España superara el ciclo feudal inaugurando el camino hacia el capitalismo. Esta generalización no significa desconocer la existencia de remanentes feudales. Si se nos ocurriera afirmar que la España del siglo de la conquista de América reunía ya todos los rasgos de una nación típicamente capitalista, cometeríamos la misma apreciación unilateral que los sostenedores de la tesis de España feudal”.

España y Portugal fueron las potencias propulsoras de la revolución mercantil que aceleró la crisis del feudalismo; aunque la Liga Hanseática y los comerciantes venecianos, genoveses y musulmanes contribuyeron a ese proceso de crisis, el golpe decisivo lo asestó la burguesía comercial ibérica con los tesoros inagotables de los nuevos descubrimientos trasoceánicos. La España de la época de la conquista de América es, entonces, un país en transición del feudalismo al capitalismo; junto a los rezagos feudales, coexiste una floreciente y poderosa burguesía mercantil, que sostendrá los viajes de ultramar y las expediciones de conquistas. Sin duda, es un capitalismo primitivo, esencialmente comercial, pero de tal vigor que permitirá a España conseguir la preponderancia en Europa y extenderla por un siglo a pesar de la incomprensión e ineptitud económicas de los Austrias y del despotismo de Carlos V, acentuado en la teocracia de Felipe II. La evolución capitalista de España fue detenida por la equivocada y torpe política general de aquellos soberanos, en los momentos de arribar a la península las inmensas riquezas de América, las cuales no beneficiaron a España y, por el contrario, se derramaron por Europa en favor de sus países rivales. Bajo la dinastía de los Austrias imperó una atrasada política económica; la burguesía nacional sufrió una permanente limitación en sus anhelos y empresas; y, al mismo tiempo, España toda quedó aplastada por un absolutismo implacable y una cruel intolerancia religiosa, apoyados en un militarismo y un clericalismo parasitarios y voraces. Por tales hechos, España no alcanzó el grado de evolución capitalista de Francia e Inglaterra. Se estratificó como una nación de capitalismo incipiente, comercial, con remanentes feudales. España trasplantó a América la estructura económico-social propia de su capitalismo primitivo, dando vida aquí a un sistema de capitalismo colonial.

El descubrimiento y la conquista de América poseen un evidente sello capitalista. En primer lugar, resultaron de la búsqueda de una nueva ruta para quebrar el monopolio de musulmanes y venecianos en el Mediterráneo; en segundo lugar, fueron posibles gracias al apoyo de una floreciente burguesía capaz de financiar esas costosas empresas; y, en tercer lugar, una vez lograda la conquista, la preocupación fundamental de los dominadores fue la explotación de los metales preciosos y su colocación en el mercado internacional.

La economía colonial se fundamentó en la explotación de materias primas y metales preciosos para el mercado peninsular, mediante el empleo de las grandes masas de indígenas. Muchos escritores basándose en que en los primeros años de la conquista, el repartimiento y la encomienda adoptaron un carácter externamente feudal y, luego, se formó una aristocracia terrateniente local, con título de nobleza, han definido el régimen colonial como semifeudal o, simplemente, feudal.

Luis Vitale, en estricta consecuencia con su análisis de la situación de España, caracterizada como de transición del feudalismo al capitalismo, niega toda esencia feudal a la conquista y colonización de América, enfocando los móviles capitalistas de sus financiadores y realizadores y, luego, la estructura y formas típicas de su asentamiento y dominio, propias de un capitalismo colonial. En este examen se demuestra un experto conocedor de las teorías marxistas, aplicándolas en forma certera a la comprensión de los intrincados fenómenos económicos, sociales y políticos del Nuevo Mundo; asimismo se advierte su manejo fecundo de las grandes obras de interpretación de la realidad luso-hispanoamericana, como las del notable historiador argentino Sergio Bagú, y de los grandes eruditos mexicanos Jan Bazant y Silvio Zabala; y, por último, la seriedad de su estudio se refleja en sus referencias constantes a las obras clásicas de los cronistas españoles de la época y de los grandes historiadores de las diversas tendencias ideológicas de los siglos XIX y XX.

En el descubrimiento, la conquista y la colonización de América figuran como objetivos decisivos comerciar con los naturales, descubrir y explotar metales preciosos y producir materias primas para el mercado peninsular. Aunque en las instrucciones dadas a Colón y demás descubridores se insiste en la propagación del catolicismo, el eje de las actividades emprendidas fue el comercio. Como ha dicho Clarence Henry Haring, "el comercio, más que la colonización era la preocupación principal de los Reyes Católicos". Las relaciones con los indios serían misionales y comerciales, pero pronto, desde 1495, se afirmó de manera efectiva la soberanía sobre ellos en forma de imposición de tributos; y reales cédulas posteriores autorizaron tomar por esclavos a los indios remisos a dejarse adoctrinar y, luego, facultaron a los gobernadores para repartir todos los indios, entre sus compañe-

ros, inmediatamente después de pacificada una región. Pronto se extendieron los repartimientos y se hizo general la conversión de la población aborígen en clase trabajadora.

En síntesis, según Luis Vitale, "la apariencia de ciertas instituciones coloniales, la terminología empleada por los conquistadores que se creían dueños de nuevos señoríos, y la formación de una aristocracia con títulos de nobleza y otras secuelas medievales, son indudablemente resabios feudales, pero el tipo de producción para el mercado internacional y el sistema de explotación de mano de obra demuestran la esencia capitalista de la colonización española. Los conquistadores introducen el valor de cambio y la economía monetaria en una sociedad que sólo conocía el valor de uso y la economía natural sin mercados. Bajo el dominio español, los productos extraídos por los indígenas se transforman en mercancías que aceleran el desarrollo capitalista europeo".

IV

"Interpretación marxista de la Historia de Chile" aparece en un momento particularmente grave y crucial para el porvenir de las clases trabajadoras nacionales y continentales, y supone una contribución brillante al esclarecimiento de las verdaderas metas y posiciones del movimiento revolucionario, entrecruzado en la actualidad por contradicciones y actitudes oportunistas, surgidas, en gran parte, de una errónea comprensión del proceso histórico latinoamericano. Parafraseando a un gran escritor socialista, podemos afirmar que la aparición de la obra de Luis Vitale significará para el proletariado obrero y campesino la toma de posesión por su pensamiento del pasado nacional, a la luz de un correcto enfoque; y el reforzamiento de su acción para apoderarse del futuro imponiendo un auténtico régimen socialista.

Hace algún tiempo escribíamos sobre la urgente necesidad de realizar un estudio de la evolución nacional, de acuerdo con un criterio científico moderno, utilizando el método del materialismo histórico. Pues bien, Luis Vitale nos ha dado una respuesta concreta, de alto mérito con su nuevo libro. En este primer tomo queda en claro algo fundamental para el éxito de la lucha del proletariado por la conquista del poder: desde la llegada de los españoles, a mediados del siglo XVI, se estableció un régimen capitalista, y la historia del país no ha sido más que el desarrollo desigual y combinado de ese sistema.

El carácter capitalista de la colonización —tema del segundo tomo— "determinó que en América Latina la burguesía naciera directamente de la Colonia, sin necesidad de pasar por el ciclo europeo. Pero dada su condición de dependiente y de abastecedora exclusiva de materia prima, esta burguesía no alcanzó la

fisonomía moderna. No fue una burguesía industrial, sino una burguesía productora y exportadora de materia prima. Su interés no residía en el desarrollo de un mercado interno, sino en la colocación de sus productos en el mercado europeo". A fines de la Colonia poseía las principales fuentes de riqueza, aunque el poder político seguía en manos de los representantes de la monarquía. Y esta contradicción entre el poder económico controlado por la burguesía criolla, que aspiraba a gobernarse a sí misma, y el poder político, monopolizado por los españoles peninsulares, será la causa esencial de la revolución de 1810, analizada en el tercer tomo. Pero no logró consumar la revolución democrático-burguesa, "porque no realizó la reforma agraria ni fue capaz de desarrollar la industria y el mercado interno. No fue una revolución social sino política. La burguesía criolla cumplió solamente una tarea democrática: la independencia política, la que por otra parte no supo defender después ante el avance del imperialismo". Su incapacidad para cumplir el resto de las tareas democráticas no sólo en 1810 sino en el curso de los siglos XIX y XX, conduce a Luis Vitale a sostener que "la historia de América Latina es la historia de una revolución democrático-burguesa frustrada".

A fines del siglo XIX las materias primas en manos de la burguesía nacional pasaron a poder del imperialismo europeo, primero, y yanqui después, período investigado en el tomo V. La inversión de capital financiero foráneo transformó a nuestros países de dependientes en semicoloniales. La penetración imperialista permitió el desarrollo de una industria liviana y, por tanto, la formación de una burguesía industrial dependiente. La burguesía industrial nativa nació combinada con las otras clases dominantes, (terratenientes, mineros), y bajo la más cerrada tutela imperialista, porque la industria ligera está obligada a comprar su maquinaria al monopolio extranjero, y éste, por otro lado, le impide desarrollar la industria pesada. Es entonces, un error histórico inconmensurable el de los reformistas al plantear la existencia de una contradicción entre el imperialismo y el débil avance de esta producción industrial liviana y de una burguesía industrial raquítica y subordinada.

Nuestros países, durante la República, no han sido gobernados por una aristocracia feudal, etapa histórica desarrollada en el tomo IV. El poder ha estado en manos de una burguesía exportadora de materia prima, e industriales, agentes y administradores del imperialismo. Terratenientes, mineros e industriales conviven en estrecho vínculo con el capital financiero extranjero. El atraso de Chile, como de toda América Latina, "no es producto del feudalismo, sino de una burguesía que ha agotado todas las posibilidades de desarrollo de un continente semicolonial en plena época imperialista. Es falso, por consiguiente, afirmar como lo hace el revisionismo, que falta una etapa de desarrollo capitalista factible de ser realizada por la "burguesía progresista".

La burguesía nacional es incapaz de realizar las reivindicaciones democráticas; no puede llevar a cabo la reforma agraria a causa de estar todos sus sectores comprometidos en la tenencia de la tierra; y el estrato de burguesía industrial está imposibilitado para romper con el imperialismo por su grado de dependencia respecto del capital financiero. Esta tesis es demostrada en el tomo VI.

En los países semicoloniales sólo el proletariado obrero y campesino, y demás capas pobres, pueden desencadenar una revolución social que haga la reforma agraria y liquide el imperialismo, cumpliendo las tareas democráticas no realizadas por la burguesía, junto con medidas de tipo socialista propias de la revolución proletaria.

Para la correcta dirección del movimiento revolucionario es preciso tener siempre presente que las economías latinoamericanas han sido componentes primero del capitalismo colonialista y, luego, del capitalismo imperialista. Las causas de todos los problemas de este continente se encuentran arraigadas en la estructura explotadora del sistema colonialista-imperialista. El subdesarrollo y la miseria engendradas por ese sistema no pueden abolirse a través de una revolución capitalista burguesa, contra el feudalismo, sino, únicamente, a través de una revolución socialista.

Según el pensamiento del agudo marxista, André G. Frank, en perfecta concordancia con las posiciones sustentadas por Luis Vitale, las sociedades latinoamericanas resultaron de la expansión mundial del mercantilismo y del imperialismo. Sus numerosas contradicciones internas surgen del desarrollo dialéctico de un sistema capitalista único, y no como se afirma a menudo, de un sistema dual. La base del poder nacional en América Latina no la constituyen los señores "feudales"; el poder y la suerte de sus países descansan en la oligarquía comercial y financiera, interna y externa, cuya fortuna, a su vez, está determinada por su participación en el sistema imperialista. Y agrega: "el imperialismo reside no sólo en esta o aquella compañía extranjera que explota las economías latinoamericanas; es la estructura de todo el sistema económico, político, social —y también cultural— dentro del cual América Latina y todas sus partes, no importa cuan "aisladas", se encuentran asociadas en tanto que víctimas de la explotación." Para A. G. Frank es la primacía de esta estructura imperialista la causante y mantenedora de la pobreza y el subdesarrollo, el atraso y la inestabilidad en América Latina. No existen burguesías nacionales independientes, porque aquí no se creó la industria nacional, y sólo son los grupos internos que ofician de clientes de los intereses extranjeros, y los beneficiarios internos del sistema capitalista-imperialista global. El endeudamiento y las nuevas concesiones "liberales" al imperialismo, ahora no sólo en la minería y servicios públicos, sino también en artículos de consumo y productos industriales orientados al público de mayores ingresos, han hundido más profundamente a América Latina en la subyugación

imperialista. Por esta razón aumentan las exportaciones de capital desde nuestros países pobres hacia la metrópoli imperialista. Por otra parte, la inflación barre con las ganancias monetarias y transfiere los ingresos de obreros, empleados, campesinos, a la burguesía y a los imperialistas, quienes se benefician con las medidas generadoras de inflación. Es cada día mayor el control de los Estados Unidos sobre América Latina y aumentan la dependencia y la subyugación de sus naciones.

La opinión reproducida coincide con las investigaciones y los juicios de Luis Vitale y, a la vez, indica la generalización de un criterio científico y revolucionario genuino en la interpretación de la historia latinoamericana, en la calificación precisa de las características actuales de nuestras sociedades, y en la formulación adecuada de la política revolucionaria de las clases trabajadoras del continente para enfrentar a las burguesías nativas y al imperialismo.

El nuevo libro **"Interpretación marxista de la Historia de Chile"**, del profesor y escritor Luis Vitale, reúne méritos sobresalientes en cuanto a seriedad documental, aplicación original del método del materialismo histórico y encomiable espíritu de síntesis. Es una obra de indispensable manejo para quienes anhelamos la victoria de la revolución socialista en Chile y en América.

Julio César Jobet.

PLA una librería diferente

libros - discos - cerámica

MAC - IVER 267